

MIGUEL ÁNGEL
DEL ARCO BLANCO

La hambruna española



CRÍTICA

Miguel Ángel del Arco Blanco

LA HAMBRUNA ESPAÑOLA

VICTORIA Y MUERTE
EN LA POSGUERRA

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2025

La hambruna española. Victoria y muerte en la posguerra

Miguel Ángel del Arco Blanco

Proyecto realizado con la Beca Leonardo a Investigadores
y Creadores Culturales 2020 de la Fundación BBVA

Fundación
BBVA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Miguel Ángel del Arco Blanco, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-801-3
Depósito legal: B. 11.475-2025
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España



1

¿Una guerra devastadora? Las consecuencias de la guerra civil

No se pueden juzgar los resultados sin pesar las dificultades. Tres años de guerra interna, despojo de oro, las divisas y cuantas existencias y remanentes de materias primas tenía la nación; la herencia de un atraso o deuda comercial en divisas considerable; la desaparición de 35.000 yuntas; un estado monetario agravado por el peso de la circulación de billetes creada por los rojos; destrucción de una parte muy importante de nuestra Marina mercante; nuestra red de ferrocarriles falta de material y en trance de colapso; un estado sanitario malo e impresionante, y una injusticia social presidiendo el panorama.¹

FRANCISCO FRANCO

EL 18 DE julio de 1946, Franco pronunciaba estas palabras en una entrevista concedida al periódico falangista *Arriba*. En aquel momento, el país vivía una situación alimentaria límite, especialmente en la zona sur. En el «año del hambre», muchos hombres se desplomaban por las calles y los campos. Había pasado una década de la guerra civil y, en una situación internacional delicada para la dictadura, el «Caudillo» trataba de justificar el hambre sin nombrarlo en ningún momento. Sus palabras reflejan de forma modélica uno de los mitos principales esgrimidos por su propaganda para justificar aquellos años del ham-

bre: las destrucciones de la guerra, de la cual se hacía responsable a los republicanos.

Las palabras de Franco no hacían más que repetir las que él mismo y otros líderes pronunciaron mientras la hambruna española tenía lugar. El 30 de septiembre de 1939, cuando la situación alimentaria había empeorado en España respecto a los años de la contienda, su cuñado y ministro de la Gobernación, Ramón Serrano Suñer, culpó en un discurso a las destrucciones bélicas para justificar el hambre y la falta de gasolina, de electricidad, de arroz, de leche y de carne. Todo era consecuencia de la «criminal prolongación de la lucha de los rojos».²

No obstante, cuando la hambruna enseñó su rostro, este tipo de explicaciones no convenció a muchos. El embajador francés Philippe Pétain, posterior primer ministro del gobierno colaboracionista de Vichy, desconfió pronto de estas argumentaciones y apuntó a las políticas autárquicas del régimen como la causa del estancamiento económico. Estaba bien informado por los cónsules repartidos por el país: en enero de 1940, el de Málaga, testigo del hambre y la miseria desbocadas en la ciudad mediterránea, aseguraba que era bastante dudoso que «los sufrimientos considerables» del pueblo se debiesen «únicamente a las consecuencias de la guerra y las ruinas que esta entrañó», como afirmaba la propaganda franquista.³

La propia documentación interna de la dictadura no recoge una visión catastrófica de las consecuencias económicas de la guerra. En su memoria de 1939, la Diputación de Jaén hacía una valoración sobre los «daños ocasionados por la dominación marxista» en una provincia en control republicano hasta el final de la contienda. Reconocía que en lo referente a la «propiedad particular» la guerra afectó por los «desmanes, la falta de cultivo, de atenciones, de ineptitudes», pero que «desde el punto de vista de la economía nacional» las pérdidas tenían «relativa importancia».⁴

Sin embargo, en su propaganda, el franquismo insistió una y otra vez en el mito de las destrucciones de la guerra para justificar los difíciles años de posguerra. Uno de los aduladores más conocidos de Francisco Franco, el periodista Luis de Galinsoga, aludiría a este caótico punto de partida para ensalzar el genio del dictador. Así, Franco reconstruyó la «Nueva España» «sobre ruinas, escombros y despojos dejados como una estela de maldición en la huida de los ejércitos comunistas».⁵

Este primer capítulo quiere desmontar el mito de las destrucciones de la guerra como justificación del hambre en la posguerra. Desde lue-

go, todavía hoy es difícil valorar el impacto económico del conflicto bélico. Disponemos de datos parciales y, en los casos en los que recurrimos a las estadísticas oficiales de la dictadura, son bastante deficientes para los años de posguerra. Hoy sabemos que sus consecuencias no fueron tan catastróficas. El caso español no es comparable con la devastadora guerra civil rusa (1917-1922), que supuso una pérdida masiva de infraestructuras, medios de producción y vidas humanas. La de España puede compararse algo más con la guerra civil de Estados Unidos (1861-1865), aunque los daños en la nuestra fueron menores que en la americana. Tras varias décadas de investigaciones, reconociendo la importancia de las consecuencias de la guerra civil, hoy no es posible atribuir a la contienda la exclusiva responsabilidad del atraso de una economía que tardó en recuperarse dos décadas.⁶

Las guerras están en la raíz de muchas hambrunas de la historia reciente de Europa. Quizá el caso paradigmático sea el de la Unión Soviética. El estado socialista construido como consecuencia de la Revolución de Octubre de 1917 tuvo que afrontar en los primeros años de su existencia una situación socioeconómica límite, marcada por la primera guerra mundial pero, especialmente, por la guerra civil rusa y las brutales destrucciones de esta. Las zonas del norte del país, principalmente consumidoras y con un déficit histórico de producción de cereales, sufrieron una hambruna devastadora entre 1918 y 1920. En Moscú y, especialmente, en Petrogrado, las muertes se contaron por miles: solo en estas regiones del norte en tres años fallecieron trescientas mil personas. Pero lo peor vino entre 1921 y 1922 en la región del Volga, tradicionalmente productora de cereales. Entonces la sequía de 1921 empeoró las cosas, pero la causa fundamental de una hambruna que mató a cinco millones de personas estuvo en los efectos de la primera guerra mundial y de la guerra civil rusa.⁷

Aunque la guerra de España debe tenerse en cuenta para explicar la hambruna franquista, la economía no quedó paralizada ni desvertebrada como en la Unión Soviética. La guerra civil no explica por sí sola lo sucedido en la posguerra. La mayor consecuencia para España estuvo en las repercusiones demográficas y nutricionales, algo a lo que por cierto nunca se refirió la propaganda de Franco.

La española fue un tipo de contienda inédita en la península y que anunciaba algunas de las características de la segunda guerra mundial. Tras los primeros meses que siguieron al golpe, la guerra de columnas

se convirtió en una contienda convencional: una guerra de posiciones entre dos ejércitos que libraron batallas a campo abierto, con líneas de frente nítidas y con altos niveles de recursos, sofisticación militar y control del territorio. Sin embargo, más adelante se transformó en una conflagración total: se enfrentaron ejércitos organizados, armamento moderno y grandes contingentes de soldados, con unas pérdidas humanas considerables. La sociedad civil no quedó al margen: se movilizaron una inmensa cantidad de recursos y de personas para combatir, se difuminaron las fronteras entre combatientes y civiles y las retaguardias se convirtieron en espacios de violencia y en objetivos militares. Así, hubo batallas de dimensiones cada vez mayores, como las de la campaña del frente norte, Teruel y el Ebro. Tuvieron lugar terribles masacres de civiles, como el salvaje ataque a miles de republicanos que huían de Málaga hacia Almería, y se produjeron los primeros bombardeos sobre poblaciones civiles de la historia europea: aunque no fue el único, el de Gernika es un momento icónico de la guerra total del siglo xx.⁸

El carácter moderno de la guerra española no habría sido posible sin el componente internacional. La ayuda militar y material de las dictaduras fascistas (Alemania e Italia) a los sublevados o la de la Unión Soviética a los republicanos fueron esenciales, además de la venida de miles de voluntarios para luchar en el bando leal y en menor medida en el «nacional». Estas potencias extranjeras surtieron a los contendientes de un material bélico moderno, además de enviar a personal militar que participó directamente en las acciones bélicas, especialmente en el caso de los aliados fascistas de los insurgentes.⁹

Los principales bombardeos de la guerra civil corrieron a cargo del ejército de Franco, ayudado de forma destacada por la Legión Cóndor alemana y la Aviación Legionaria italiana. Fueron esenciales en cortocircuitar la economía republicana, desmoralizando a la población y contribuyendo a la derrota. Los bombardeos de civiles, entre los que cabe destacar los italianos de todo el levante entre Valencia y Cataluña, fueron devastadores por su coste en vidas humanas. Sin embargo, las fábricas y las comunicaciones de la zona republicana no sufrieron grandes desperfectos. A pesar de que algunos puentes y carreteras resultaron alcanzados, la mayoría siguieron funcionando. En cuanto a la industria, el impacto de los bombardeos también es discutible. Aunque algunas fábricas fueron golpeadas —especialmente en Cataluña y Valencia—, muy pocas dejaron de trabajar. Un ejemplo pueden ser las instalaciones

de Sagunto (Valencia), donde una factoría llegó a sufrir hasta once bombardeos, pero, a pesar de ello, sus hornos de acero y sus trenes de laminación continuaron en funcionamiento.¹⁰

Las derrotas republicanas y las posteriores retiradas de regiones con importantes tejidos industriales tampoco estuvieron caracterizadas por la destrucción de las fábricas o de los recursos productivos. En el País Vasco, los destrozos no fueron nada significativos y el Gobierno vasco ordenó a los *gudaris* proteger hasta el último momento las potentes instalaciones siderúrgicas de la ría de Bilbao (junio de 1937). La Legión Cóndor tampoco bombardeó los altos hornos de las orillas del Nervión. Así se explica que la producción de hierro recuperase los niveles de preguerra de forma casi inmediata tras la entrada de las tropas franquistas en Bilbao, superándola en un 40 % al final de la guerra. En Cataluña, las principales industrias quedaban lejos de los frentes de guerra o de donde se desarrollaron batallas de importancia, como la del Ebro. Tras la derrota republicana en el mayor enfrentamiento de la guerra (noviembre de 1938), la resistencia catalana se desmoronó y las tropas franquistas comandadas por el general Juan Yagüe entraron en Barcelona el 26 de enero de 1939. La rápida caída evitó la destrucción de la industria catalana. Lo mismo sucedió en los meses siguientes con los núcleos industriales de la Comunidad Valenciana.¹¹

Durante la guerra, la industria funcionó de manera desigual. Mientras la zona republicana se vio atenazada por la falta de materias primas y la caída del consumo, las provincias de la zona sublevada con tejido industrial disfrutaron de la situación opuesta, lo que las llevó a experimentar incluso un auge fabril. No obstante, en 1940 la producción industrial española había disminuido un 20 % respecto a la de 1935. Sin embargo, los daños en las fábricas no fueron tan significativos como para explicar la lenta recuperación del sector secundario durante la posguerra, un periodo calificado como «la noche de la industrialización española». Los resultados de la política autárquica en el ámbito manufacturero fueron catastróficos: los salarios se hundieron y, con ellos, la demanda y la escasez de materias primas se generalizó. Entre 1940 y 1945, el crecimiento de la industria fue de solo 0,8 puntos.¹²

La agricultura también padeció los efectos de la guerra, si bien de manera bastante limitada. Las explotaciones no se vieron afectadas por las destrucciones de esta. Los medios de producción tampoco lo hicieron: los aperos de labranza o la maquinaria no experimentaron grandes

desperfectos. Los cultivos arbóreos como el olivar o los cítricos, esenciales para la economía española y la exportación, no sufrieron daños. La principal causa del descenso de la producción de posguerra se debió a la reducción del número de hectáreas de cultivo, a la caída en el uso de fertilizantes orgánicos e inorgánicos y a los precios oficiales poco remuneradores fijados por el régimen franquista. De nuevo, todo fue consecuencia de la política autárquica y no tanto de las destrucciones bélicas.¹³

La guerra sí trajo consigo un descenso en la cabaña ganadera, seguramente determinada por la necesidad de ingerir alimento y proteínas durante la contienda. Sin embargo, no afectó a todas las regiones: en Galicia, en manos de los sublevados desde el golpe de estado, la merma de los rebaños fue nula. También aquí la caída de la ganadería y de su producción vino tras la guerra. Debido a la política autárquica adoptada y a la caída del poder adquisitivo, la demanda se contrajo, por lo que descendió tanto el número de reses como su peso. Ello supuso una reducción de carne disponible para la alimentación —y las consiguientes proteínas— y menos abonos con los que intensificar la producción.¹⁴

La guerra consumió recursos monetarios importantes. Entre 1936 y 1939 convivieron dos pesetas, reflejo de dos bandos enfrentados en un esfuerzo constante por sufragar el esfuerzo bélico que los llevase a la victoria. Se produjo también una merma muy significativa del ahorro privado, destruido por la batalla o devorado por la inflación. Al término de la contienda, el «Nuevo Estado» absorbió sin problemas la peseta republicana, cancelando su valor. Buena parte del dinero depositado en cuentas bancarias de republicanos fue incautado por la dictadura como parte de su programa represivo.¹⁵

Mención aparte merecen las reservas metálicas del Banco de España, utilizadas por el régimen franquista como pretexto para justificar las dificultades económicas y culpar de ellas a la República. El llamado «oro de Moscú» tiene su origen en la decisión del Gobierno republicano de trasladar a la Unión Soviética 510 toneladas de las reservas de este metal depositadas en el Banco de España. El presidente del Gobierno, Francisco Largo Caballero, autorizó el envío en septiembre de 1936, ante lo que parecía la inminente toma de Madrid. El oro fue el «escudo de la República», en acertadas palabras de Ángel Viñas: su única oportunidad para defenderse de los sublevados y garantizar así su solvencia para comprar armamento, víveres, combustible y materias primas. Si la

República no hubiese trasladado el oro al único país que se había comprometido a prestarle ayuda ante la inhibición de las democracias, es difícil que Stalin hubiese suministrado a crédito las armas y municiones modernas necesarias para combatir a los sublevados y a sus aliados nazis y fascistas. Una parte del oro quedó en Moscú y, otra parte, transformada en divisas, se depositó en una entidad bancaria soviética sita en París. Terminada la guerra civil, Franco hizo bandera del «expolio» y reclamó su devolución. No quedaba mucho por recuperar: cuando la guerra llegaba a su fin, las onzas depositadas en Moscú se habían terminado. Respecto a los casi doscientos millones de dólares de París, desconocemos si finalmente se gastaron en suministros para la República. En todo caso, esa suma no fue determinante para justificar la lentísima recuperación económica de la posguerra y, mucho menos, la hambruna.

Toda esta historia áurea tuvo una coda: entre 1942 y 1945, el régimen de Franco empleó sus escasas divisas en comprar una pequeña fortuna de oro que depositó en el Banco de España. Esas 67,4 toneladas fueron adquiridas en diversas plazas financieras europeas y parte de ellas provenían del «oro nazi» que Adolf Hitler había expoliado a los judíos y a los bancos nacionales de los países que conquistaba. Pero lo más significativo para el tema de nuestro libro es otro: mientras el país estaba azotado por el hambre, la dictadura gastaba sus pocas divisas en acumular un pequeño tesoro en la cámara subterránea junto a la plaza de Cibeles.¹⁶

Otra de las ideas más comúnmente sostenidas durante buena parte de la dictadura ha sido que el sector más afectado por la guerra fue el de los transportes y las comunicaciones. Las últimas investigaciones lo contradicen. Las destrucciones fueron significativas, aunque no lo suficiente para impedir su recuperación en un tiempo relativamente corto. Un buen ejemplo es el caso del ferrocarril, un medio que se había convertido en fundamental para el desarrollo económico y para distribuir los alimentos por todo el territorio. Los efectos negativos resultaron importantes, pero fueron exagerados por los vencedores y por los propietarios de las compañías ferroviarias para garantizar sus intereses particulares: culpabilizar al máximo a la República y liquidar el negocio de forma beneficiosa. Alfonso Peña Boeuf, ministro de Obras Públicas entre 1938 y 1946, señala que se destruyeron totalmente mil locomotoras, dos mil setecientos coches de viajeros y treinta mil vagones. Sin embargo, minuciosos estudios sobre la documentación de las compañías regionales di-

bujan un panorama muy alejado de esa devastación. Además, los daños no se concentraron en las provincias productoras de alimentos ni en aquellas en las que tuvo lugar la hambruna: no sufrieron ningún tipo de destrucción zonas como Galicia, Castilla la Vieja, Vitoria, Navarra, La Rioja, Andalucía Oriental, Ciudad Real, Valencia, Albacete, Murcia.¹⁷

La incapacidad del ferrocarril para abastecer y distribuir el alimento y otros productos en la posguerra se explica por su situación de preguerra y por las políticas adoptadas por el franquismo. En 1936, el estado de los ferrocarriles españoles era muy deficiente: en manos privadas, se realizaron pocas inversiones en ellos o en su mantenimiento. Tras la guerra, el tren quedó sometido a las directrices de la autarquía franquista: se nacionalizaron los ferrocarriles de vía ancha y se creó RENFE (1941), para la que se instauró un organismo supervisor que regularía el tráfico, que dependería directamente de Franco y estaría en manos de militares. En aquella operación de «rescate» —más que de nacionalización— se pagó un alto precio: se benefició a los empresarios, que ya habían amortizado sus inversiones, que recibieron el doble del valor de sus compañías e impusieron un sobrecoste al Estado en un momento en que ese capital podría haberse utilizado para alimentar al país. Además, la gestión posterior del ferrocarril fue un fracaso: no se logró abastecer de forma eficiente al territorio, siendo especialmente caótica en el transporte de productos esenciales, como los cereales, la patata o el aceite. En 1941, solo se realizaba el 40 % de cargas semanales de productos agrarios, mientras España estaba hambrienta.¹⁸

Los daños en el transporte marítimo no fueron catastróficos. Durante la guerra se hundieron 48 buques, frente a los 214 que inicialmente venían recogidos en los informes oficiales franquistas. Además, las pérdidas en la flota mercante fueron pequeñas y afectaron especialmente a buques obsoletos y de escaso tonelaje.¹⁹

En suma, la principal consecuencia de la guerra civil para el sector del transporte fue que se cortó radicalmente un proceso de modernización que se remontaba a principios de siglo y que habría permitido que ferrocarriles, carreteras, buques mercantes y demás infraestructuras de comunicación ayudasen a frenar el desarrollo de la hambruna y contribuyesen a la recuperación de la economía del país.

La sanidad también merece unas palabras. Las instalaciones médicas no se vieron especialmente afectadas por la guerra. Sin embargo, la vic-

toria franquista sí supuso un retroceso en las políticas sanitarias y de higiene. Durante la II República se produjo un avance en la modernización sanitaria que hizo cobrar vigor a innovaciones epistemológicas y metodológicas introducidas entonces. Esta renovación explica que, durante la contienda, la salud de la población se mantuviese en un estado relativamente razonable. Sin embargo, la «victoria nacional» supuso una interrupción en ese desarrollo. Ahora, con un personal médico dirigente militar y ultranacionalista, la ciencia retrocedió a ideas propias del comienzo de siglo. La obsesión franquista por tener presupuestos equilibrados hizo que además se congelase el gasto público en sanidad, precisamente en un momento en que el país lo necesitaba. Todo lo que sonase a intervencionismo o servicio sanitario fue desterrado por ser considerado de izquierdas: así, la práctica sanitaria volvió a estados anteriores, pues quedó en pie solo las estructuras nacional y provincial, pero fue abandonada la comarcal, que habría sido clave para lidiar con la salud de los españoles durante la hambruna.²⁰

La vivienda es otro aspecto que se debe valorar sobre las destrucciones de la guerra. Según cifras oficiales, se destruyeron doscientos cincuenta mil hogares en pueblos y ciudades y otros tantos sufrieron daños parciales. Es difícil realizar una estimación calibrada sobre el verdadero impacto de estas cifras, pero se ha afirmado que supusieron el 4 % del parque de viviendas del país en 1936. Si comparamos el caso de España con cómo quedaron otras naciones europeas tras la segunda guerra mundial, las cifras españolas se empequeñecen: Italia perdió el 5 %, Francia el 8 % y Grecia nada menos que el 20 % de las viviendas disponibles antes del conflicto. Las políticas de la dictadura no ayudaron a la reconstrucción: la escasez de mano de obra, la falta de materiales de construcción o la falta de edificaciones públicas decididas convirtieron en endémico el problema. Además, el impacto sobre la destrucción de viviendas debe medirse desde un prisma social, valorando a quién pudo afectar. La crónica escasez de inmuebles afectó especialmente a las clases más bajas —las más afectadas por la hambruna—, que fueron a parar a lugares inhabitables o cuevas o derivaron parte de sus ingresos al gasto en alojamiento, restándoselo a la alimentación o al vestido.²¹

Hasta aquí, vemos que las consecuencias de la guerra civil sobre diversos sectores económicos del país no fueron de una importancia tal que justificasen por sí solas la falta de alimentos. Sin embargo, el enfrentamiento bélico sí tuvo una serie de efectos que, de alguna u otra forma,

prepararon a España para la hambruna de posguerra, haciendo posible su desarrollo y agudizándola.

El mayor impacto estuvo en la demografía. No en vano, el escritor francés Antoine de Saint-Exupéry, que cubrió como reportero la contienda, se asombró por la intensidad de la violencia desplegada en la retaguardia. En aquella guerra, escribió, «los hombres no se respetan ya los unos a los otros» y «se fusila como si se talaran» árboles.²²

El franquismo nunca recogió en sus titulares o en la propaganda las consecuencias demográficas de la guerra civil. Sin embargo, ahí están las miles de vidas perdidas en la lucha, en los asesinatos, en su encierro en las cárceles y en su dolorosa marcha al exilio. Se estima que perecieron trescientas cincuenta mil personas como consecuencia directa de la guerra. De ellas, cincuenta mil murieron a causa de la violencia republicana y ciento veinte mil lo hicieron a causa de los «nacionales»: así, casi la mitad de las muertes (un 48 %) se produjo por la violencia desplegada en las retaguardias. Pero las pérdidas humanas se extienden más allá del periodo bélico. Las políticas de la venganza del franquismo agravaron todavía más las consecuencias demográficas: tras 1939, se asesinó a cincuenta mil republicanos y se encarceló a unos trescientos mil presos políticos, lo que repercutió en la productividad y en la recuperación económica. Y, por supuesto, tampoco cabe olvidar a los doscientos veinte mil exiliados y exiliadas, que huyeron a otros países de Europa y América: Francia y México fueron los puntos de destino principales. Con ellos marcharon no solo obreros, sino también trabajadores cualificados e incluso un nutrido grupo de intelectuales y técnicos pertenecientes a la llamada «edad de plata de la cultura española».²³

La guerra de España tuvo también consecuencias indirectas sobre el comportamiento la población. La natalidad y la fecundidad cayeron a medida que avanzaba la contienda, tocando fondo en 1939. Los nacimientos se redujeron en cuatrocientos mil niños respecto a la época de preguerra. Solo en 1940 las cifras volvieron a aproximarse a las de antes del conflicto. Sin embargo, en 1941 y 1942, los nacimientos disminuyeron de nuevo y se estima una reducción de ciento ochenta mil niños para esos años. Todo un síntoma de la extrema situación provocada por la hambruna.

La fecundidad también se redujo durante el conflicto: si las españolas solían tener una media de algo más de tres hijos (3,16) en 1936, al término de la guerra solo tenían dos (2,12). La fecundidad femenina se

recuperó solo en 1940, cuando se regresó a un promedio de tres vástagos (3,08). Sin embargo, con la hambruna, la fecundidad se desplomó otra vez en 1941 y 1942, hasta regresar a niveles bélicos con una media de dos hijos por mujer (2,47 y 2,53, respectivamente).

Por tanto, la guerra civil tuvo un impacto en la natalidad y la fecundidad de España, como ha sucedido tradicionalmente en todas las guerras. Sin embargo, el caso español es excepcional en un punto: estas variables no se recuperaron rápidamente tras el fin de las operaciones militares, como pudo suceder con otros países europeos después de la segunda guerra mundial. Tras el espejismo de 1940, volvieron a caer en los años de la hambruna y tardaron en recuperarse. En ello no tuvo nada que ver la guerra civil, sino lo sucedido en la posguerra.²⁴

El conflicto bélico tuvo también un impacto sobre la mortalidad infantil, la de los niños fallecidos con menos de un año de existencia. Es una variable importante porque, al ser una población muy vulnerable, es buen reflejo de las condiciones de vida de la población. La guerra interrumpió el descenso que la mortalidad infantil venía registrando desde hacía décadas. Se agudizó el número de infantes fallecidos, que se concentró especialmente en los últimos años del conflicto y en las provincias controladas por los republicanos. Sin embargo, de nuevo, todo empeoró en la inmediata posguerra: en 1939, la mortalidad infantil se incrementó y, en 1941, alcanzó la mayor tasa de menores fallecidos de todo el siglo xx (28,9 %).²⁵

La guerra afectó al estado nutricional de muchos españoles y españolas. Parte de la población quedó tocada por la infraalimentación de estos años, especialmente la de zona republicana. En el bando rebelde, las condiciones alimentarias y sanitarias sin duda sufrieron un estrés por el conflicto, pero la organización del esfuerzo bélico, la gestión de la producción, el control de los recursos productivos agrícolas y de las materias primas, así como la ayuda internacional, propiciaron unas condiciones nutricionales bastante aceptables. No sucedió lo mismo en el bando leal. En muchas urbes controladas por los republicanos, a partir de 1937 la alimentación comenzó a caer en picado. A partir de 1938, la situación empeoró de forma drástica: la llegada de los «nacionales» al Mediterráneo partió la zona republicana en dos, lo que dificultó el abastecimiento y produjo una escalada de precios incesante. La carencia de alimentos llegó al máximo a finales de ese año y a comienzos de 1939. En octubre de 1938, un informe señalaba que en Madrid los menores presentaban

signos de desnutrición: «las niñas de once a trece años parecen pálidas y desesperadamente cansadas y los niños de la misma edad son dolorosamente pequeños y no tienen la talla adecuada o son excesivamente larguiruchos». Comenzaron a aparecer entonces enfermedades derivadas de la desnutrición (edema, pelagra, anemia o cardiopatías).²⁶

En zona republicana, el estado alimentario de la población rural fue mejor que el de las urbes, abarrotadas de refugiados y asediadas por las tropas y los bombardeos de los «nacionales». Las clases bajas de las ciudades leales, que posteriormente serían especialmente castigadas por la violencia franquista y por la hambruna, fueron las que más sufrieron la caída en la ingesta calórica. Un estudio realizado por el doctor Francisco Grande Covián sobre el Madrid bélico afirmaba que la ingesta de calorías por persona descendió de las 1.554 calorías al día en 1937 a nada menos que 770 calorías en 1938, siendo la dieta muy deficitaria en proteínas, grasas, elementos minerales y vitaminas (especialmente, la B). En las calles del Madrid que todavía resistía proliferaron enfermedades relacionadas con la desnutrición, como la pelagra en la piel, los calambres en las extremidades por falta de calcio y el latirismo, una intoxicación por un alto consumo de almortas.²⁷

Los déficits nutricionales de parte de la población no explican por sí solos la hambruna: algunas zonas afectadas por esta, como Andalucía Occidental o Extremadura, estuvieron durante la guerra en manos de los franquistas. Sin embargo, la desnutrición del bando republicano sí tiene que ser tenida en cuenta para explicar lo sucedido. El hambre de guerra, especialmente focalizado en la población más modesta de unas ciudades que luchaban hasta el final, hizo vulnerables los cuerpos de un gran número de hombres y mujeres para lo que vendría tras 1939. Muchos de ellos marcharon al exilio, pero recordemos que otros tantos fueron encarcelados, reprimidos o regresaron marcados como partidarios de la República a sus pueblos, donde afrontaron la terrible revancha de la «victoria».

En conclusión, no podemos obviar la guerra civil para explicar la hambruna española. Fue un antecedente inmediato que sin duda condicionó lo que vendría después. No obstante, la contienda constituyó un factor más, pero no definitivo ni totalmente determinante, para explicar la hambruna. A pesar de las palabras de Franco con las que comenzábamos este capítulo o de la insistente propaganda de su régimen sobre las «destrucciones de los rojos», los efectos de la guerra no

alcanzaron en ningún caso lo catastrófico. Lo que marcó la diferencia a partir de 1939 respecto a otros casos europeos fue la existencia de una dictadura con una clara influencia del fascismo que, de forma decidida y voluntaria, puso en marcha una política económica que dificultó la recuperación y fue determinante para la aparición de la hambruna: la autarquía.